

EL NOTICIERO DE MULA

SEMANARIO DE INTERESES AGRÍCOLAS, LITERATURA NOTICIAS Y ANUNCIOS.



Año IV.

20 de Marzo de 1922

Núm. 153



SUSCRIPCION.

En Mula, 50 ctmos. al mes.—Fuera, 2 pesetas trimestre.—Pago anticipado.

REDACCION Y ADMINISTRACION.

OLMEDO, 4.

ANUNCIOS.

Se reciben en la Administracion de este periódico.—La correspondencia al director

EL NOTICIERO DE MULA

Origen de la careta.

(CUENTO ÁRABE)

En los límites del Desierto se sentó un día Mahoma y levantó su pensamiento á Dios.

En su inmensa caridad, solo pensaba qué nuevo beneficio le pediría para los hombres.

Por los estensos arenales creyó percibir la sombra de un ginete, y al volver los ojos encontró un árabe que cabalgaba en una yegua negra como la noche, rauda como el viento, y de ojos negros; brillantes y profundos como las estrellas del firmamento.

Mahoma que se había ocultado entre las altas hierbas, dejó pasar á su lado al ginete. De pronto, éste se vió detenido por un mendigo que, oculto entre los girones de su alquicel, ponía la mano en las riendas de la yegua.

—Alá te guarde—le dijo—Feliz tú, que posees un animal para quien las horas son instantes y las leguas pasos. Si tuviera un tesoro capaz de pagar dilatados imperios, entero te lo daría en este momento para la yegua que montas.

—Inútil sería—le contestó el ginete—Ismail-ben-Zedú, el más rico de mi tribu, el que podría empedrar de perlas la mitad del Desierto, me ha ofrecido su fortuna entera para ella, y ántes le hubiera dado la mano conque empuño mi yatagán que acceder á su deseo.

—Nada tengo. Pobre como Job, solo poseo, como él, muchos dolores, y solo calman mi hambre los silvestres frutos de la palma, mi sed, las aguas cenagosas del primer pozo que encuentro á mi paso. He andado mucho; mis piés están destrozados, mi cuerpo extenuado por la fatiga. Alá te proteja en tus empresas si me dejas subir á las ancas de tu yegua.

—Antes que cargarla con más peso que el de su ginete, iría arrastrándome hasta la tierra en que el sol se pone. Pero el árabe no niega nada al pobre. Sube en la silla, que yo seguiré á pié.

Un momento después, el ginete echaba pié á tierra, y ponía la rodilla para que el mendigo ocupara su lugar.

El Profeta desde su escondite sonrió pensando:

Alá no hizo malos á los hombres.

Pero apenas el mendigo se hubo asegurado en la silla con un movimiento mucho más rápido que el que su extenuación parecía permitirle, arrojó los harapos que le cubrían, hirió los ijares de la yegua, y murmuró rompiendo á correr:

—Mirame bien; yo soy Ismail-ben-Zedú. Lo que mis tesoros no han podido comprarte, lo ha robado mi astucia. Jamás será tuya la yegua de los ojos de fuego.

Un grito de angustia salió del pecho del desmontado. Después sus ojos se inyectaron en sangre y alzando la voz para que el ginete la oyera, gritó:

—Llévatela en buen hora; pero piensa que desde hoy nunca volveré á socorrer un desgraciado.

Ismail-ben-Zedú estaba ya lejos; pero aquellas palabras llegaron claras y distintas á sus oídos, y como si se hubiera sentido herido por un rayo, detuvo el rápido galope de la yegua.

—Tómala—murmuró, después devolver al sitio en que habiá dejado al desolado árabe—si mis tesoros eran pocos para pagarla, el precio que ahora la pones es mucho para mí.

Y echando pié á tierra abandonó su presa murmurando:

—Si mi fortuna te hubiera dado por tu llegua, la vida diera ahora por poder ocultar la vergüenza con que mi mala acción me cubre el rostro.

Al decir esto, un hombre que

apareció entre las hierbas les salió al paso.

Era Mahoma, el enviado de Dios.

—Arrepentirte del mal—murmuró posando una mano sobre su hombro,—es borrarle ante los ojos del que es Alto entre los Altos, del que es perdon de los perdones.

Y poniendo en sus manos una hoja de palmera, á que había hecho tres incisiones con los dedos, añadió:

—Toma en premio de tu arrepentimiento. Alá quiere hacerte á tí y tus hijos este presente. Cada vez que sintais el rubor de una falta, podreis ocultar así la vergüenza ante los ojos de los hombres: ante los del que es fuente de todos los bienes, solo el que oculta.

Tal dijo el verdadero, el santo, el sincero Profeta, y desapareció como desapareció el Simoun en el Desierto, sin dejar huella que diga de dónde vino y por dónde se fué.

La hoja de la palmera que dejó en las manos de Ismail-ben-Zedú fué la primera careta que se ha usado en el mundo.

Después, la maldad ha cundido tanto entre los hombres, que ya nadie piensa ocultar el rostro al cometer una mala acción.

Entre los creyentes del Islam, todavía las mujeres ocultan las facciones entre los pliegues de su manto.

Entre los que solo ven las divinas auras del Korán un objeto de bofa y ludibrio, solo hay tres dias en el año en que algunos ponen su cara al abrigo de la careta.

Pero éstos no lo hacen por ocultar su vergüenza.

Ninguno de ellos abandonaría, como Ismail-ben-Zedú, la presa codiciada por temor de que los desgraciados no fueran socorridos.

ANGEL R. CHAVEZ.

